

Comentarios a *Primero fue la técnica*, reseña de Luis Camacho

Agradezco sinceramente a mi amigo el Dr. Luis Camacho Naranjo, de la Universidad de Costa Rica, el tiempo dedicado a comentar y criticar un reciente librito de mi autoría.¹ Sus observaciones me dan oportunidad de intentar aclarar y responder al menos a algunas de sus críticas. Tiene razón Luis en que mi preocupación por la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas (dos clases de acción intencional sistemática) surge de una preocupación -más básica y primordial- sobre el diseño y el rumbo de la política (otra acción intencional sistemática). En otras palabras lo que me interesa es la teoría de la acción, y lo que intenté hacer fue una reflexión sobre los valores propios de la ciencia, la tecnología y la economía (verdad, objetividad, eficiencia, rentabilidad) *desde* la perspectiva de los valores propiamente políticos (justicia y libertad). Subsumí toda acción sistemática intencional bajo el concepto de *técnica*, de tal manera que proponer un modelo de *evaluación* de la técnica trata centralmente de una evaluación moral y política de la acción y de la agencia humana, cosas que suponen como eje conceptual -quizá el más problemático- a la *racionalidad*.

De manera muy sucinta, lo que dije es que cuando el desenvolvimiento científico y tecnológico, vehiculado por la economía, no produce *justicia* en la sociedad ni *libertad* en los individuos que la constituyen, entonces es el Estado, *qua* sistema político, lo que está fallando en sus funciones. Una mirada al respecto sobre las diversas sociedades y Estados del mundo -y en particular los de América Latina- provee evidencia empírica de que la inmensa mayoría de los estados-nación, tal como los conocemos en la actualidad, resultan

ser inaceptables por buenas razones, es decir, *irracionales* y, por tanto, ilegítimos.

También tiene razón Luis cuando dice que no necesitamos una teoría filosófica de la *justicia* o de la *verdad* para reconocer de manera inmediata cuándo sufrimos una injusticia o un engaño. Pero tiene razón no porque no necesitemos esas teorías en absoluto (si no las necesitáramos nunca se hubieran producido ni se seguirían produciendo), sino porque su aserto sugiere y muestra que las teorías filosóficas no son más -aunque tampoco menos- que sentido común organizado o, si se quiere, sistematizado, puesto en letra de molde y, con suerte, hasta publicado. Ora que, la sofisticación y alambicamiento que alcance una teoría filosófica, sobre la verdad, la justicia, la técnica o sobre lo que sea, dependerá siempre del paladar filosófico de quien la produce y/o de quien la consume. Dado esto por sentado, la filosofía de sentido común más sana que conozco es precisamente la que suele denominarse bajo la etiqueta genérica de *pragmatismo*, ese nuevo odre para viejos vinos. Y es precisamente esta caja de herramientas filosófica la que intenté utilizar como instrumento al reflexionar sobre el hombre y la técnica.

Al hacerlo, o más bien al intentarlo, alcancé a entender la técnica en su sentido más general y amplio como todo hacer humano intencional sistemático. Sin embargo, incorporé inmediatamente lo *público* acerca de la técnica, acotando su dimensión política: **no toda acción intencional sistemática tiene un carácter o un interés público en su sentido político estricto**. Amarrarse los zapatos, o cepillarse los dientes, intencional y sistemáticamente constituyen técnicas que, por no tener relevancia política, i. e.,

por no tener efectos sobre agentes distintos al directamente involucrado en la acción, carecen de efectos *públicos* y, por tanto, no son de interés *político*.

Y es que el pragmatismo en general, y en particular la versión instrumentalista de John Dewey, a quién intenté seguir y utilizar, pone en el centro de la reflexión filosófica a la acción humana intencional, a la *praxis* (nostálgica palabra ¿no?), o a la *práctica*, en su sentido kantiano de considerar entre sus condiciones y resultados la presencia de otros seres vivos, y particularmente de otros seres humanos. Esto aclara que si bien toda acción sistemática intencional es una manifestación técnica, no toda técnica tiene relevancia política o moral. En el texto intenté ocuparme -quizá sin la suficiente claridad- exclusivamente de la técnica de alcance público, i. e., político, es decir, de aquellas manifestaciones o instancias de la técnica cuyas condiciones y resultados alteran, actual o potencialmente, las posibilidades efectivas de otros seres humanos para formularse y eventualmente para responder de manera adecuada a la pregunta práctica fundamental: ¿cómo se ha de vivir? De aquí la necesidad de evaluar la técnica en sus diversas manifestaciones, sean científicas, tecnológicas, políticas, económicas, religiosas o artísticas (hay literatura, música y cine, por ejemplo, capaces de embrutecernos o de humanizarnos).

Y esto me lleva a otro de los puntos cruciales señalados por Luis (y otros críticos que me han hecho favor de tomar en consideración lo que dije, así sea nomás para estar en desacuerdo). Parece que en mi texto identifiqué *cultura* con *técnica*. Y si parece que lo hago es porque así lo hago de manera obvia y abierta, aunque no veo todavía las razones de un desacuerdo tan ampliamente concitado, excepto lo inusual de la identificación conceptual. Me explico y defiendo mi apostasía llamando en mi ayuda a Hesíodo, quien originalmente denomina *techné* al trabajo empleado en el cultivo de la tierra (*collere*), hecho del que deriva etimológicamente *cultura*. La utilización del arado (un artefacto técnico), y el *cultivo*, tanto de la tierra como del propio ser humano², ocurren simultáneamente en la transacción hombre-medio ambiente físico y simbólico, exactamente como ocurre en la película de Kubrick que es motivo de la portada del texto.

Causas históricas posteriores llevaron a que *techné* y *ars* se refirieran exclusivamente al aspecto operativo y material, y que *cultura* lo hiciera al aspecto simbólico y espiritual de la transacción, inaugurando y dando impulso con ello a uno de los más deplorables dualismos en la historia del pensamiento filosófico, a saber, el que se presume entre naturaleza y cultura, mismo que está en la base del que se presume entre la materia y el espíritu o, para ponerlo en términos del debate contemporáneo, entre cerebro y mente.

En mi apreciación y propuesta, desde un punto de vista lógico, técnica y cultura coincidirían extensionalmente, aunque se distinguen intensionalmente. Se refieren al mismo mobiliario del mundo, aunque lo *identifican* o *recortan* por matices característicos distintos. Ambas son producto de la socialización y el aprendizaje, constituyendo eso que Ortega llamó una 'sobrenaturaleza', aunque no en el sentido de sobrenatural, sino en el de que no se encuentra en la mera información genética y su transmisión biológica hereditaria.

Luis también me hace reo de idealismo y de esencialismo, lo que implica algo peor: hacerme reo de *contradicción* flagrante con el espíritu pragmatista y naturalista asumido y esgrimido en el texto. Y no es que tenga algo especial contra la contradicción (después de todo, no soy Dios, y, por tanto, puedo contradecirme); pero la contradicción implica la falsedad de lo afirmado o creído, y, a su vez, la falsedad de una creencia suele tener funestas consecuencias cuando esa creencia entra a formar parte de una guía para ir por el mundo, puesto que una creencia es siempre una disposición a actuar. Utilizo efectivamente *técnica* (o *cultura*) para definir o caracterizar al hombre. Pero cuando digo *esencia* o *esencial* lo hago en su sentido de adjetivo y no de sustantivo. No hay ni creo que haya (estoy dispuesto a jurarlo) una *esencia* o *sustancia* a la que llamemos 'técnica' o 'cultura', que de alguna manera se actualicen en el hombre y lo hagan ser precisamente un tal hombre. Lo que afirmo es que técnica, cultura y hombre son propiedades emergentes en la transacción de un organismo altamente organizado desde el punto de vista biológico-evolutivo, y su medio ambiente físico y simbólico-cultural. Esto nada tiene de *esencialista*.

Lo del idealismo es un tanto más peliagudo. Efectivamente tiene razón Camacho en la irrelevancia de decir que 'no existe realidad conocida independiente del conocedor', pero la relevancia que en su caso haya en el dicho no puede buscarse ni verse en la simple afirmación, sino en sus presuposiciones e implicaciones lógicas. No sólo es clara la implicación de *no* rechazar la terca realidad del mundo externo sino, más importantemente, es clarísima la implicación de refutar la teoría metafísica infalibilista de la Verdad como correspondencia³. Por esto es que sí necesitamos de una teoría de la verdad (y de la justicia y de la libertad), que sean compatibles con la ontología naturalista, y con las evidencias y enunciados que al respecto las ciencias son capaces de suministrar y autocorregir. *Mutatis mutandis*, lo mismo puede decirse de la presunta irrelevancia de que 'no existe realidad independiente de la interpretación, valoración o conocimiento... [y de que o] jalá fuera cierto que no existen hechos sin valoración, pues entonces bastaría cambiar la valoración para cambiar los hechos.' Por supuesto, no vivimos en *Solaris*, pero los valores son actos de valoración sobre unos hechos que sólo son tales en el momento de ser valorados y determinados como tales 'hechos'. Los hechos son 'hechos' en el sentido del participio pasado del verbo hacer. Dice Dewey que los hechos no son *dados* sino que son *tomados* (elegidos, seleccionados, recortados, valorados) así por el organismo en su transacción medioambiental. Pero *cómo sean* los hechos (su explicación, su comprensión o su simple descripción) de ninguna manera depende del capricho del agente, ni siquiera si este agente fuera efectivamente un idealista ontológico y epistemológico. Lo que sí depende de los valores, es decir, de las valoraciones, son las acciones intencionales sistemáticas para transformar ciertos hechos elegidos en otros hechos elegidos, valga decir, la técnica. Es siempre en una práctica técnica o cultural -por lo menos desde la perspectiva pragmatista- en donde pueden observarse simultáneamente hechos y valores de manera inseparable, aunque analíticamente distinguible.

Y llego al final, que es quizá por donde debí empezar. Llamo *racionalidad* -siguiendo expresamente a Rescher- al 'ejercicio inteligente de la razón'. Los animales no humanos carecen de

razón, aunque puedan ser o parecer muy *inteligentes*. La razón es una capacidad humana asociada a la evolución cerebral y a la vida gregaria cooperativa (moral y política). Al respecto Ortega alude a un presunto origen etimológico común de *elegir*, *elegancia* e *inteligencia*, pero esa razón distintiva humana puede utilizarse bien, inteligente o elegantemente, o utilizarse mal y estúpidamente. El hombre, en este sentido, es el animal racional o irracional, porque es capaz de elegir bien o mal. Sin embargo, *racionalidad* se predica del hombre sólo derivativamente, pues en realidad los adjetivos *racional* e *irracional* califican sólo a las acciones sistemáticas e intencionales, i. e., libres, de un ser humano. Los bichitos no humanos carecen de esa capacidad para elegir deliberadamente entre cursos de acción, y por eso no son sujetos morales o políticos, es decir, son incapaces de distinguir entre el bien y el mal asociado causalmente a las 'elecciones' que determinan sus acciones. Si en algún punto del texto reseñado dije algo contrario a esto, como parece interpretar Camacho, *entonces* me retracto aquí públicamente.

Una técnica (científica, tecnológica, política, económica, artística, etc.) es racional -y por tanto legítima- si y sólo si sus resultados efectivos incrementan la libertad *sin* generar injusticia. Creo que este es el meollo del modelo de evaluación de la técnica que intenté construir y presentar en el librito. Se sigue que una técnica cuyos resultados disminuyen la libertad de los individuos e incrementan la injusticia de las sociedades, es irracional, ilegítima e inaceptable. Por eso es que *no* deberíamos aceptarla, si fuéramos capaces de elegir mejor, o más *elegantemente*, como diría Ortega.

Agradezco a Luis su amable y generosa reseña, y a la *Revista de Filosofía* de la Universidad de Costa Rica la oportunidad que me brinda de manifestarme en sus páginas.

Xalapa, México, 9 de septiembre de 2011

Notas

1. Fisher, Jaime: *El hombre y la técnica: hacia una filosofía política de la ciencia y la tecnología*, UNAM, México, 2010.

2. No quisiera parecer también pasado de moda en mis citas -particularmente tras la caída del Muro, de Marx, y de muchas y viejas certezas compartidas-, pero el viejo Engels, en 'El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre' rescata también esta misma idea, contra la que en ese momento nadie protestó: el hombre se hace a sí mismo (se *cultiva*, pues) a través del trabajo, i. e.,

de la técnica, de la acción sistemática intencional. Aunque Engels parece seguir más a Darwin en un sentido genético evolutivo, no hay impedimento lógico ni empírico para ampliar esto a la *cultura* en su sentido lato.

3. La posición epistemológica que asumo es lo que un cierto Putnam llamó 'realismo interno'.